

su perdición, volvió con vaborosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Monjuich.

Á esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocían los de la tarazona: los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguían. Era grande la calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginación de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible; cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida Don Dalmau de Queralt, Conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño á la ambición y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella región misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh, grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, si no dura más de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio?

## DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

(1744-1811)

*La Memoria en defensa de la Junta Central* fué escrita un año antes de la muerte del autor.

El siglo xviii es de gran decadencia de la prosa. Apenas se empleaba ésta más que en la exposición doctrinal y en la controversia; abundan los investigadores de la historia, Berganza, Flórez, Masdeu, Mayans; pero si sus escritos están muy llenos de crítica, carecen de estilo, y la historia como arte no se escribe hasta Quintana; la novela no tiene otra manifestación notable que el Fray Gerundio del Padre Isla; en fin, apenas se hallarán sino dos maneras de prosa: la didáctica y la polémica. Á consecuencia de esta pobreza de vida literaria, los buenos escritores de este siglo encontraban una gran dificultad en su camino, pues lejos de disponer de una lengua artística favorable, la hallaron estragadísima, teniendo que aplicar cuidado y atención muy especiales en huir los muchos defectos en que abundaba la lengua que entonces se escribía ordinariamente. El vocabulario de la lengua escrita andaba muy menguado por el mal gusto de amanerados autores, que ni se inspiraban en los clásicos nacionales ni en el habla viva del pueblo; su principal fondo lo formaban de un lado los latinismos extravagantes y los términos abstractos introducidos á manos llenas en la poesía y en la oratoria por los culteranos, y en la prosa por los conceptistas, y de otra parte gran caudal de galicismos que se desbor-

daba merced al gran favor que en toda Europa gozaban entonces las ideas y los libros franceses.

Jovellanos consiguió expurgar su dicción de estos viciosos elementos; y si en las oraciones académicas y discursos de su primera época no lo consiguió del todo, en la *Memoria de la Ley Agraria* y en la *Defensa de la Junta Central* aparece su estilo muy aliviado de cultismos y libre de galicismos. Sin embargo, entiéndase esto último respecto del galicismo en el vocabulario, que era fácil de desterrar cuando ya existía el Diccionario académico de autoridades, que permitía averiguar rápidamente si tal vocablo estaba ó no autorizado por nuestros buenos escritores; pero el galicismo en la sintaxis, como es más difícil de reconocer y de estudiar, escapó con mayor facilidad á las persecuciones de nuestros más esmerados prosistas <sup>1</sup>.

Jovellanos puede pasar por el mejor tipo de prosa que nos ofrece el siglo XVIII; en él aparecen reunidos con feliz tino los elementos de la lengua clásica, con los elementos nuevos que eran necesario acoger para reflejar el pensamiento moderno, predispuesto á giros distintos que los habituales en los autores antiguos, y preocupado de materias por ellos no tratadas, como las relacionadas con la economía.

Jovellanos era ciertamente un purista, que buscaba restaurar en lo posible la castiza lengua de nuestros clásicos; pero no era radical en esta tendencia, como lo fué Vargas Ponce, que cayó en una exageración sistemática de arcaísmo; el purismo de Jove-

<sup>1</sup> En la misma *Defensa de la Junta Central* escribía Jovellanos frases como esta: «no sólo nos tachan de usurpadores de la autoridad, no sólo atribuyen esta usurpación á un espíritu el más conocido y descubierto de ambición y amor propio, sino que para darle todo el carácter de la tiranía, la califican de violenta y forzada.» (I.º 25.) La expresión: «à un esprit, le plus connu et le moins caché, d'ambition et d'amour prope» sería en francés correcta y aceptable; sin embargo, es menos corriente que la otra con artículo definido: «à l'esprit le plus connu» que también es semejante á la de Jovellanos.

llanos, como el de Toreno y Quintana, fué templado, el que prevaleció é informa la lengua que hoy usamos todos.

Lejos de toda afectación de clasicismo rígido, la prosa de Jovellanos es la primera de un grande autor moderno que nos ofrece un nuevo elemento de riqueza; el *provincialismo*, usado intencionadamente como recurso artístico, para lograr una expresión breve y pintoresca. En sus cartas familiares, sobre todo en las dirigidas á su paisano el canónigo Don Carlos González de Posada, se hallan bastantes voces asturianas, como *bígaro* (caracol de mar), *escabellar* (revolver papelotes), *solmenar* (sacudir con fuerza), *peñerar* (cerner), etc. <sup>1</sup>, y basta recordar las novelas de Valera y de Pereda para comprender el valor que en una obra literaria pueden tener estos elementos dialectales.

## DEFENSA DE LA JUNTA CENTRAL

### *Artículo III, inic.*

La Junta Central, que asumió el poder de la nación en 1808 en ausencia de Fernando VII, terminó su misión en Enero de 1810, siendo sus miembros objeto de calumnias y persecuciones secundadas por la suprema Regencia y por el Consejo de España é Indias. Jovellanos, miembro de esa Junta, habla en defensa propia y de sus compañeros.

En la última calumnia divulgada contra los miembros de la Junta Gubernativa, acabaron de vomitar sus enemigos todo el odio que en sus ruines almas escondían.

<sup>1</sup> En una poesía (*Bibliot. Aut. Esp.* XLVI, 7 a) dice Jovellanos: *No pudo vencer á la tu mano en blancura*; el artículo con el posesivo es un asturianismo, que el autor acogió acaso á título de arcaísmo. (v. pág. 56, línea 8.)

dían. Era muy grave, sin duda, sobre vergonzoso, el crimen de *peculato*; pero el de infidencia á la patria en las circunstancias en que, y en las personas á quienes se imputaba, reunía toda la enormidad que podía hacerle en el más alto grado abominable y atrocísimo. Y esto hace ver que si nuestros calumniadores fueron bastante insensatos para atribuirnos un crimen, que por inverosímil y repugnante se haría increíble ó se desvanecería por sí mismo, también fueron bastante malvados en aprovechar el momento que era más favorable para producir el pronto y terrible efecto á que aspiraban. Hallábase la nación consternada por la triste y no esperada derrota de Ocaña y por la falta del mejor de sus ejércitos; los enemigos, vencida la barrera de Sierra-Morena, venían derramándose sobre los cuatro reinos de Andalucía; uno de sus ejércitos se avanzaba al de Sevilla y amenazaba su capital; aquella populosa ciudad estaba ya en el mayor sobresalto, y en este punto el Gobierno, saliendo de ella para trasladarse á la isla de León, parecía abandonarla á su suerte. ¡Qué momento tan oportuno para representar los centrales como fugitivos y traidores á la credulidad de un vulgo tan acostumbrado á oír esta voz, y tan agitado y descontento entonces, como propenso siempre á atribuir á la infidelidad las desgracias públicas!

Pero por más que circunstancias tristes y raras hubiesen favorecido aquella calumnia en Sevilla, por más que su eco hubiese resonado en otras partes por algunos días, por más que la emulación y la envidia

hubiesen salido en su apoyo en los lugares en que se reunió el Gobierno, el tiempo solo bastó para desvanecerla; la verdad tomó su lugar, y se puede ya asegurar sin reparo que no habrá hoy en toda la extensión de España un sólo hombre de sano juicio y recto corazón que pueda darle el más pequeño asenso.

Porque ¿á quién podría persuadirse que hombres tan altamente calificados por la opinión pública cayesen todos de repente en tanta vileza y corrupción como sus calumniadores suponían? ¿Cabía esto siquiera en el corazón humano? No por cierto. Capaz del bien y el mal, así como no se levanta de un vuelo hasta la cima de la heroica virtud, tampoco se despeña de un golpe en la sima de la iniquidad. Máximas de prudencia y justicia, de moderación y honestidad, bebidas en la primera educación; ejemplos de fortaleza, de beneficencia y patriotismo presentados en la juventud, y admirados y fielmente seguidos, forman los hábitos virtuosos que le perfeccionan y elevan por grados á la primera. Ignorancia y abandono en la primera edad, malos ejemplos aplaudidos ó defectos tolerados, y pasiones mal reprimidas en la adolescencia, forman los hábitos perversos, que le corrompen y abaten hasta la segunda. Cabe sin duda en la flaqueza humana que un hombre antes inocente, agitado por el furor de una pasión fogosa y exaltada, se arroje sin reflexión á cometer alguna acción temeraria y violenta; pero ¿cabrá en este hombre un atroz desig-nio, que no pueda concebirse sino por la más negra

iniquidad, ordenarse sino con la más fría y profunda meditación, ni ejecutarse sino por medios viles, oficios tenebrosos, arterías y astucias pérfidamente maquinadas? Y lo que no cabe en un hombre sólo ¿cabría en más de treinta de tan distinguido carácter y de probidad tan generalmente reconocida? Creer, pues, que todos, sin excepción alguna, desmintiesen de repente esta probidad, y haciéndose insensibles al freno del honor y sordos á la voz de la conciencia, y olvidados de lo que debían á su Dios, á su Rey, á su patria y á sí mismos, se hiciesen de repente traidores, sería creer un fenómeno, tan raro en el orden moral, como el retroceso de los planetas en el orden físico.

Y aun dado por posible este fenómeno moral ¿cómo lo sería que en tanto número de personas de tan diferente condición y carácter se hallase tan estrecha unión, tan estudiado disimulo, tan profundo secreto y tan tortuosa conducta, como este malvado designio requería? Y cuando esto fuera repugnante en cualquiera noble corporación; cuando lo fuera en el más humilde gremio ó cofradía, ¿cuánto más no lo fuera en un cuerpo compuesto de tan nobles y tan varios elementos; en un cuerpo en que se habían reunido prelados, grandes, canónigos, militares, togados, intendentes y otras personas de diferente clase y profesión; en un cuerpo cuyos individuos se distinguían, más todavía que por su profesión, por su clase, por su educación, por sus talentos, por sus estudios, por sus servicios y por su conducta y carácter, y

entre los cuales, por lo mismo, no podían faltar ni el deseo de dominar y distinguirse, ni la lucha y diferencia de opiniones, ni los celos y desavenencias, ni la falta de discreción y prudencia, ni la buena ni aun la mala emulación; vicios endémicos que turban la concordia de todas las corporaciones? Y cuando nuestros enemigos no cesaban de llamar defectuosa é imperfecta nuestra institución, precisamente porque entre tanto número de individuos creían difícil hallar la unión, la actividad y el secreto necesario para salvar la patria, ¿cómo podrían creer que sólo era fácil para venderla? ¿Creían por ventura que esta unión era imposible para el bien, y sólo posible y fácil para el mal? ¡Insensatos! El honor, la conciencia, el respeto á la opinión pública, el amor á nuestro Rey y á nuestra patria, y el odio á la tiranía, nos pudieron unir y nos unieron para desempeñar fielmente nuestro deber, hasta donde nuestras luces y nuestras fuerzas alcanzaron. ¿Cuáles, decid, cuáles pudieron ser los motivos que nos uniesen para prostituirle?

Porque siendo constante que los hombres no obran sin que algún impulso mueva ó determine su acción, y que este impulso deba ser proporcionado á la grandeza de las acciones que produce, á nuestros enemigos toca señalar cuál pudo ser el que sacándonos de la senda del honor y virtud, nos despeñó en tanta vileza y depravación. Sentimientos de odio y de amor, de temor ó de interés, suelen mover poderosamente las acciones humanas. Y bien, ¿cuál de éstos pudo movernos á ser traidores á nuestro Rey y á nuestra

patria? ¿Sería el odio á un Rey tan virtuoso y tan desgraciado, ó á una patria tan generosa y tan afligida? ¿Á un Rey que libraba en nosotros la esperanza de recobrar su libertad y su trono, ó á una patria que nos había confiado el rescate de su Rey y la defensa de su libertad? ¿Sería acaso el amor? Pero ¿á quién? ¿Al monstruo de perfidia que tan vilmente había engañado á nuestro amado é inocente Rey, y tan cruelmente estaba ultrajando y oprimiendo á nuestra heroica y querida patria? ¿Sería el temor? Pero ¿qué podían temer los que estaban cubiertos con el escudo de la suprema autoridad y defendidos por todo el poder de una nación tan heroica y valiente? ¿Sería el interés? Pero ¿cuál pudo tentar á los que habían abandonado sus empleos, sus casas, su fortuna y sus esperanzas para servir y ser fieles á su patria? Ni ¿qué interés pudo presentar á nuestra ambición la ruin política del tirano? ¿De mando? ¿Cuál igualaría al que ejercíamos en el seno de nuestra patria? ¿De honores? Y ¿cuáles serían comparables á aquél á que nuestra patria nos había elevado? ¿De otras altas recompensas? Pero ¿cuáles podría esperar nuestra perfidia de un tirano ofendido y provocado, que no pudiese esperar nuestra fidelidad de una patria generosa y reconocida? No, no; si esto no cabía en nuestro carácter ni en nuestra conciencia, menos cabía en nuestra razón ni en nuestra seguridad. ¿Podíamos acaso desconocer la condición de un tirano, modelo de tiranos, tan sabiamente prevista y tan exactamente definida por nuestras leyes? ¿Podíamos poner la menor confianza en los

halagos y sugerencias de un monstruo, para quien la religión, los dulces vínculos del amor y de la sangre, el honor, la amistad, la buena fe, son nombres vanos; para quien las palabras, las promesas, los más solemnes tratados y los más santos juramentos, no son otra cosa que medios de seducción y perfidia?

Pero ¿qué digo? Los que disfrutábamos el alto honor de estar al frente de la nación más heroica del mundo, y aclamados en ella por padres de la patria, ¿iríamos á postrarnos á los pies del soldán de la Francia, para que nos pusiese en la lista de sus viles esclavos? ¿Irábamos á inclinar la rodilla ante el sátrapa de Madrid, para ayudarle á usurpar el trono de Pelayo y robar á nuestro Fernando el Sétimo la herencia de los Alfonsos y los Fernandos de Castilla? ¿Irábamos á mezclarnos con los Ofarriles, Urquijos y Morlas; con los caballeros Arribas y Marquinas, para ser, como ellos, insultados y despreciados por los insolentes bajáes del tirano, ó iríamos á confundirnos entre los demás apóstatas de la patria, para ser, como ellos, escupidos y escarnecidos por nuestros fieles y oprimidos hermanos, para ostentar á su vista la ignominia que cubre siempre el rostro de los traidores, y para ser á todas horas objeto de su odio y execración? ¡Oh colmo de ignominia y vileza! ¡Oh asombro de malicia y perversidad! ¡Españoles, hijos de la lealtad y el honor, dechados de probidad y buena fe, sed vosotros jueces en esta causa! Juzgad, pronunciad si aquellos honrados ciudadanos que merecieron un día vuestra confianza, pudieron caer en tan vil y vergon-

zoso abatimiento. Y si todavía los hallais dignos de loor ó de aprecio, haced que vuestro imparcial y respetable juicio desplome sobre sus infames calumniadores toda la ignominia con que quisieron manchar sus nombres y memoria.

## CARTAS

### *Carta á Don Antonio Fonz.*

El Autor describe las romerías de Asturias y habla de la llamada: *Danza Prima.*

Después de haber sesteado un rato por los lugares amenos y sombríos de aquel contorno, se empiezan á disponer las danzas, que sirven de ocupación al resto de la tarde. Estas danzas no son menos sencillas y agradables que los demás regocijos del día. Cada sexo forma las suyas separadamente, sin que haya ejemplar de que el desarreglo ó la licencia los hayan confundido jamás. El filósofo ve brillar en todas partes la inocencia de las antiguas costumbres, y nunca esta virtud es más grata á sus ojos que cuando la ve unida á cierta especie de placeres, que la corrupción ha hecho en otras partes incompatible con ella.

Aunque las danzas de los hombres se parece en la forma á la de las mujeres, hay entre unas y otras ciertas diferencias bien dignas de notarse. Seméjense en unirse todos los danzantes en rueda, asidos de las manos, y girar en rededor con un movimiento

lento y compasado, al son del canto, sin perder ni interrumpir jamás el sitio ni la forma. Son una especie de coreas á la manera de las danzas de los antiguos pueblos, que pueden tener su origen en los tiempos más remotos y anteriores á la invención de la gimnástica. Pero cada sexo tiene su poesía, su canto y sus movimientos peculiares, de que es preciso dar alguna razón.

Los hombres danzan al son de un romance de ocho sílabas, cantado por alguno de los mozos que más se señalan en la comarca por su clara voz y por su buena memoria; y á cada copla ó cuarteto del romance responde todo el coro con una especie de estrambote, que consta de dos solos versos ó media copla. Los romances suelen ser de guapos y valentones, pero los estrambotes contienen siempre alguna deprecación á la Virgen, á Santiago, San Pedro ú otro santo famoso, cuyo nombre sea asonante con la media rima general del romance.

Esto me ha hecho presumir que tales danzas vienen desde el tiempo de la gentilidad, y que en ellas se cantarían entonces las alabanzas de los héroes, interrumpidas y alternadas con himnos á los dioses. Lo cierto es que su origen es muy remoto, que el depravado gusto de las jácaras es muy moderno, y que la mezcla de ellas con las súplicas á los santos es tan monstruosa, que no pudieron nacer en un mismo tiempo, ni derivarse de una misma causa.

Tampoco sería extraño presumir que estas danzas eclesiásticas, y que tienen cierto sabor á los usos

y estilos litúrgicos de la media edad, pudieron ser traídas acá por los romeros que en ella venían á peregrinar por este país; pues ya sabe usted que las romerías de San Salvador en Oviedo, fueron en algún tiempo muy frecuentadas, y aun de ellas dura todavía algún resto. Lo cierto es, que esta mezcla de devoción, regocijo y francachela, tiene parecer muy conforme al espíritu de los siglos supersticiosos y al carácter de aquellos devotos vagamundos, que con título de piedad andaban por entonces de santuario en santuario, dados á la vida libre y holgazana, comiendo, bebiendo y saltando por el rey de Francia.

Como quiera que sea, estas danzas varoniles suelen rematar muchas veces en palos, única arma de que usa nuestro pueblo; y como nunca la sueltan, vería usted á todos los danzantes con su garrote al hombro, que sostienen con dos dedos de la mano izquierda, libre los otros para enlazarse en rueda, seguir danzando en ella con gran mesura y seriedad. Sucede, pues, frecuentemente que, en medio de la danza, algún valentón caliente de cascotes empieza á victorear á su lugar ó su concejo. Los del concejo confinante, y por lo común rival, victorean al suyo; crece la competencia y la gritería, y con la gritería la confusión; los menos valientes huyen; el más atrevido enarbola su palo; le descarga sobre quien mejor le parece, y al cabo se arma tal pelea de garrotazos, que pocas veces deja de correr sangre, y alguna se han experimentado más tristes consecuencias.

Para remediar estos abusos, alguna vez ha pensado el gobierno en prohibir el uso de los palos; pero ¡pobre país si esto sucediera! Los hombres naturalmente tímidos y amantes de su conservación, gustan de llevar consigo alguna prevención, alguna defensa contra los insultos que les amenazan. Prohibido el uso de los palos, entrará sin duda el de las navajas y cuchillos, armas mortíferas que hacen á otros pueblos insidiosos y vengativos, y enervan y extinguen el valor y la verdadera bizarría.

Ni por este uso debe usted tachar de bárbaros á mis paisanos. Semejantes escenas, además de interesar en gran manera la curiosidad por cuanto hieren fuertemente la imaginación de los espectadores, son muy del gusto de los pueblos no corrompidos por el lujo, y en cierto modo están unidas á la condición misma de la humanidad. «El hombre, dice el sabio Fergusón, es demasiado propenso á las lides y á emplear sus facultades naturales contra cualquiera enemigo: gusta de ensayar su razón, su elocuencia, su constancia, y aun su vigor y fuerzas corporales. Sus recreos son muchas veces imagen de la guerra, el sudor y la sangre suelen correr en sus juegos, y las fracturas y aun la muerte dan término alguna vez á las fiestas y pasatiempos de su ociosidad. Nacido para morir, hasta en su diversión halla su camino para el sepulcro....»

Dejemos, pues, á los pueblos frugales y laboriosos sus costumbres, por rudas que nos parezcan, y creamos que la nobleza del carácter en que tienen

su origen merecen por lo menos esta justa condescendencia.

Pero las danzas de las asturianas ofrecen ciertamente un objeto, si no más raro, á lo menos más agradable y menos fiero que las que acabamos de describir. Su poesía se reduce á un solo cuarteto ó copla de ocho sílabas, alternado con un largo estrambote, ó sea estribillo, en el mismo género de versos, que se repite á ciertas y determinadas pausas. Del primer verso de este estrambote que empieza:

Hay un galán de esta villa,

vino el nombre con que se distinguen estas danzas.

El objeto de esta poesía es ordinariamente el amor, ó cosa que diga relación á él. Tal vez se mezclan algunas sátiras ó invectivas, pero casi siempre alusivas á la misma pasión, pues ya se zahiere la inconstancia de algún galán, ya la presunción de alguna doncella, ya el lujo de unos, ya la nimia confianza de otros, y cosas semejantes.

Lo más raro y lo que más que todo prueba la sencillez de las costumbres de estas gentes, es que tales coplas se dirigen muchas veces contra determinadas personas; pues aunque no siempre se las nombra, se las señala muy claramente, y de forma que no pueda dudarse del objeto de la alabanza ó de la invectiva. Aquella persona que más sobresale en el día de la fiesta por su compostura ó por algún caso de sus amores; aquel suceso que más reciente es y

notable en la comarca; en fin, lo que en aquel día ocupa principalmente los ojos y la atención del concurso, eso es lo que da materia á la poesía de nuestros improvisantes asturianos. Ya ve usted si les será fácil indicar las personas sin nombrarlas expresamente.

Supongo que para estas composiciones no se valen nuestras mozas de ajena habilidad. Ellas son las poetisas, así como las compositoras de los tonos, y en uno y otro género suele su ingenio, aunque rudo y sin cultivo, producir cosas que no carecen de numen y de gracia. Pondréle á usted dos ejemplos, entre mil que pudiera señalar, y si no entiende el dialecto, tenga paciencia, que otros le entenderán.

En una de estas romerías á que concurrió cierto amigo mío, se había presentado una fea que, entre otros adornos, llevaba una redecilla muy galana y de color muy sobresaliente. Al instante fué notada de las mozas, que le pegaron esta banderilla:

Quítate la rede negra  
y ponte la colorada,  
para que llucia la rede  
lo que non llu la tó cara.

En otra romería corrían muchos rumores acerca del susto que daba á un recién casado el galanteo que con su mujer traía cierto caballero de la Quintana. El novio, que por la cuenta era espantadizo, andaba no poco cabizbajo con esta sospecha. Se hizo público

su cuidado, y al punto mis trovadoras soltaron su vena, y le consolaron con esta copla:

El que tien la mujer guapa  
cabo cas de los señores,  
más trabajo tien con ella  
que en cavar y fer borrones.

También este uso puede tener muy fundada apología. En ninguna parte hiere tanto la sátira como donde es grande la corrupción de las costumbres, ó porque allí se aguzan más sus dardos, ó porque allí está el hombre más necesitado de tener corrido el velo de sus imperfecciones. Al contrario, la inocencia es tan tarda en sospechar el mal, como pronta y franca en decirle. Pero cuando le dice no le insulta, no le acrimina, ni, por decirlo así, le condena. Pudiera creerse que no le publica para castigarle, sino que le zahiere para descubrirle. Otra coplita bien singular probará á usted la sencillez de corazón con que nuestras asturianas cometen esta especie de imprudencia.

Era yo bien niño cuando el Ilmo. Sr. D. Julio Manrique de Lara, obispo entonces de Oviedo, se hallaba en su deliciosa quinta de Contrueces, inmediata á Gijón, el día de San Miguel. Celebrábase allí aquel día una famosa romería, y las mozas, como para festejar á su ilustrísima, formaron su danza debajo de los mismos balcones de palacio. El buen prelado, que estaba en conversación con sus amigos, cansado del guirigay y la bulla de las cantifiñas, dió

orden para que hicieran retirar de allí las danzas: sus capellanes fueron ejecutores del decreto, que se obedeció al punto; pero las mozas, mudando de sitio, bien que no tanto que no pudiesen ser oídas, armaron de nuevo su danza, cantando y recantando esta nueva letra, que su ilustrísima celebró y oyó con gusto desde su balcón gran parte de la tarde:

El señor obispo manda  
que s'acaben los cantares;  
primero s'an d'acabar  
obispos y capellanes.

Los estribillos con que se alternan estas coplas son una especie de retahila que nunca he podido entender; pero siempre tienen sus alusiones á los amores y galanteos, ó á los placeres y ocupaciones de la vida rústica. Los tonos son siempre tiernos y patéticos, y compuestos sobre la tercera menor. Llevan la voz de ordinario tres ó cuatro mozas de las de más gallarda voz y figura, colocadas á la frente del coro, y las otras van repitiendo ya la mitad de la copla, ya el estribillo, á cuyo compás giran todas sin interrupción sobre un mismo círculo, pero con lentos, uniformes y bien acordados pasos. Entretanto resuena en torno una dulce armonía, que penetrando por aquellos opacos y silenciosos bosques, no puede oirse sin emoción ni entusiasmo.

No constan estas danzas, como nuestros modernos bailes, de fuertes y afectadas contorsiones, propias para expresar unas pasiones violentas y arti-

ficiosas, sino de movimientos lentos y ordenados, que indican las tranquilas afecciones de un corazón inocente y sensible. Si esta es ó no una ventaja para los pueblos que la melindrosa corrupción tiene por bárbaros, no parece un problema difícil de resolver.

## DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

(1760-1828)

El folleto de la *Derrota de los Pedantes* apareció en 1789.

Moratín, el hijo, descuella sobre todo por su admirable prosa dramática, que no se había vuelto á escribir desde la *Celestina* de Rojas y la *Dorotea* de Lope; pero es también muy digno de atención en sus otras obras, donde se muestra, como dice Menéndez y Pelayo, «uno de los escritores más correctos y más cercanos á la perfección que hay en nuestra lengua, ni en otra alguna. Niéganle algunos viveza de fantasía, profundidad de intención, calor de afectos y abundancia de estilo. Aun la misma perfección de su prosa antes estriba en la total carencia de defectos que en cualidad alguna de orden superior, sin que conserve nada de la grande y caudalosa manera de nuestros prosistas del siglo xvi. La sobriedad del estilo de Moratín, se parece algo á la sobriedad forzada del que no goza de perfecta salud; hay siempre algo de recortado y de incompleto que no ha de confundirse con la sobriedad voluntaria, última perfección de los talentos varoniles y señores de su manera.»

Su vocabulario es de una riqueza muy estimable, pero también es más estudiado que espontáneo; lamentábase Moratín del olvido en que se habían perdido multitud de voces y frases, y de la pobreza y sequedad increíbles á que se reduce el lenguaje usual,